

# Presentación

El 9 de noviembre de 1989 se produjo un hecho extraordinario: caía el muro de Berlín, mientras celebrábamos el bicentenario de la Revolución francesa. Asistíamos boquiabiertos a la crisis o derrumbe estrepitoso del llamado “socialismo real” en Europa. Tuvo lugar de una manera espontánea, casi sin violencia, un acontecimiento que considerábamos imposible, salvo como el eventual resultado de una confrontación espantosa, una guerra nuclear, cuya consecuencia habría podido ser la destrucción de la vida en nuestro planeta. Pronto van a cumplirse diez años de aquella fecha.

El momento es propicio para que reflexionemos sobre las causas del fracaso de los regímenes comunistas de Europa y sobre los límites y posibilidades de nuestro modelo de sociedad. No todo era malo en el comunismo, ni todo es bueno en el actual neoliberalismo.

El totalitarismo marxista ha fracasado. Pero aún siguen teniendo sentido dos preguntas que se plantean en el pensamiento marxista: ¿Por qué hay tanta injusticia en el mundo? ¿Por qué unos pocos acaparan la mayoría de las riquezas y los más carecen de lo necesario?

Por nuestra parte vemos el mejor ideal político en la integración de libertad y solidaridad. El capitalismo democrático no basta para avanzar hacia un mundo más justo y feliz. Pues la lógica del beneficio y del mercado, dejada a su propio aire, no propicia la desaparición de la miseria y de la explotación de unos hombres por otros sobre nuestra Tierra.

La autonomía individual ha de ser compensada con dinanismos que fomenten personal o institucionalmente la solidaridad. Y para conseguir tal fin no bastarían los famosos diálogos sobre la justicia, al estilo, por ejemplo, de Habermas o Rawls. Jamás parece que saldrán de semejantes diálogos las suficientes “buenas razones” que nos lleven a las acciones necesarias. ¿Cómo promover un modelo de sociedad libre y solidaria, en que rija la primacía de la persona sobre las cosas, del ser sobre el tener?

Sólo podremos conseguirlo por la puerta del ideal, fantasía de nuestro espíritu que nos saca del presente y nos muestra los caminos del futuro. Por supuesto, al buscar los caminos hacia la reconstrucción del ideal, no hemos de olvidar que cada hombre concreto es la presencia irreductible de una persona; más importante que la mejor utopía. Lo cual no significa renunciar a la utopía sino reconocer sus límites.

Pero quienes, durante muchos años, sin adscripciones políticas, compartimos los ideales socialmente progresivos de la izquierda, notamos con pena que se está imponiendo entre nosotros la renuncia a la utopía. Muchos intelectuales, que parecían estar en la izquierda, se escudan en un escepticismo o agnosticismo más o menos radical, como si no cayeran en cuenta de que, a partir de una falta de confianza en la capacidad humana para conocer la verdad, no se puede construir nada consistente.

En nuestra situación nos puede venir bien el recuerdo de la filósofa de origen judío Edith Stein, canonizada en Roma el 11 de octubre de 1998, cuyo pensamiento maduro es en gran parte una síntesis fecunda de la fenomenología de Husserl y de la metafísica de Tomás de Aquino. Su testimonio de buscadora infatigable de la verdad nos anima a enraizar firmemente, más allá del pensamiento débil, en la auténtica realidad, el dinamismo renovador de nuestra vida individual y social, de nuestra política.

Ildelfonso Murillo